

Título:

EL DÍA X

Seudónimo:

FRIDA KAHLO

¿Alguien sabe cómo se mide la emoción? Por la velocidad de los latidos reverberando en el pecho, por las noches en vela, por la sonrisa que se escapa sin querer, por el brillo en los ojos, los nervios, los suspiros, la agitación, el mordisco de las hormigas taladrándote el estómago. Que levante la mano quien pueda explicarlo. ¿Nadie puede hacerlo? El *emociómetro* no existe, pero hoy a Elsa le gustaría inventarlo. Se imagina un mecanismo tibio y de colores vivos capaz de precisar la intensidad, el calibre, la envergadura de lo que siente ahora mismo por todo el cuerpo. Emoción: 9,8 sobre 10, como si fuera un examen de ciencias. Sobresaliente.

—Hoy es el día X, cariño, ¡arriba! —le anuncia su madre mientras retira el edredón y la deja sin ese escudo protector con el que ha tapado su agitación durante toda la noche, aunque quizá, pensándolo bien, no la ha tapado sino que la ha retenido ahí dentro para que no se escapara, porque a Elsa la sensación le gusta, no quiere perderla. Lo que odia es que a su madre le haya dado por llamar a ese día *el día X*: tiene miedo de que los dos trazos de la letra caigan sobre él y acaben por tacharlo. Y Elsa de ninguna de las maneras quiere tachar ese día, quiere disfrutarlo, estirarlo sin romperlo como si estuviera hecho de licra, recordarlo para siempre.

Se levanta a toda prisa y con los ojos tan abiertos que, al mirarse en el espejo, imagina que es un dibujo manga, le divierte tener la misma expresión, entre sorprendida y expectante, que *Imyasha*.

—Elsa, venga, que se hace tarde —su madre siempre exagera.

Los golpes con los nudillos en la puerta del baño la aceleran de nuevo, desayuna, se viste, prepara la bolsa roja con todo lo necesario, que no se le olvide nada: los pantalones, la camiseta con el 31 a la espalda aunque ella hubiera preferido el 9, las medias, las botas, la cinta para el pelo, ¿qué más, mamá?, pregunta Elsa casi gritando, con una voz por lo

menos dos tonos más aguda que la suya, los nervios de la primera vez se instalan en todas partes, hasta en las cuerdas vocales.

Y salen las dos, por fin, al rellano de la escalera, mirando el reloj a pesar de haberlo mirado ya millones de veces en tan solo unos minutos, y saben que van bien, que les sobra tiempo.

No hay por qué correr. El ascensor tarda unos segundos interminables en llegar y la madre aprovecha para inspeccionar a su hija con ojos de cárabo, el ave que todo lo ve, aunque ahora lo que le sale es un gallo:

—¡Elsa! —la madre desafina y con ello evidencia que también está nerviosa—. La bolsa, hija, que se te olvida la bolsa roja.

Elsa se mira las manos vacías, asidas a nada, y comprueba que es verdad. Hoy se le olvida todo. Con la emoción no solo se le olvida la bolsa roja, se le olvida también la cara de sus amigas cuando les dijo hace tres años que quería jugar al fútbol, las patadas de sus compañeros, los balonazos aposta, las horas en casa practicando una chilena o un regate para hacerlo perfecto —perfecto o nada—, los ejercicios que se realizan en pareja pero que ella acostumbra a entrenar sola porque a los chicos les da vergüenza o no sé qué flexionarle la espalda, cogerle de los tobillos, darle la mano, sentirse comparados. Qué memoria. Hoy se le olvida todo. Incluso la bolsa roja.

Bajan en el ascensor y Elsa la palmea como si fuera la cabeza de un perro fiel. Y en cierto modo lo es. Lleva con ella todo este tiempo, sin fallarla, guardando sus sueños.

El día X, como lo llama su madre, ha llegado. Es el día en el que esos sueños empiezan a cambiar de estado. Sublimación inversa, lo ha estudiado hace poco. Del estado gaseoso al sólido, directamente. Los sueños dejan de ser una simple aspiración y se convierten en algo compacto, se hacen palpables. Elsa los puede tocar. La física también le entusiasma.

Llegan y Elsa se impresiona. Ahí es donde va a jugar. Cuando lo ve, no puede evitar saltar, aullar, darle un abrazo a su madre que se ríe con la sinceridad del que hace propia la

felicidad ajena. Es un estadio de los de verdad, con taquillas, entradas anchas en los cuatro costados de la edificación, hierba natural, líneas blancas y bien hechas delimitando las áreas, asientos de plástico duro en las gradas, banderas, escudos, marcador. Lo que no hay, y mira que lo ha buscado por todas partes, es vestuario. Ha encontrado el de los chicos. Ese sí. Hay un letrero en el que pone: *Jugadores*. Pero no encuentra ningún cartel con la palabra *Jugadoras*. Quizá solo se trate de que no han tenido tiempo de colocar la señalética inclusiva. Abre la puerta, titubeando, como lo haría alguien que se siente un intruso. Sus compañeros, que están dentro, emiten unos sonidos guturales que parecen salir de las fauces de una manada de tigres encerrados en el interior de una caverna. Los ha visto en calzoncillos, ¿y qué? Elsa cree que no es para ponerse así.

El entrenador sale y le dice que espere, nota cierta hostilidad en sus palabras, como si se arrepintiera de haberla convocado, la torpeza de crearse un problema innecesario. Elsa entrará cuando ellos acaben. Como si fuera fácil esperar, retener las ganas de cambiarse, de saltar al césped, de jugar. Cuando ella entra al campo con el equipamiento puesto, con su número 31 a la espalda, sus compañeros llevan ya unos minutos haciendo ejercicios de calentamiento. También está allí el equipo contrario. Los codazos que se dan los unos a los otros son tan evidentes que Elsa los nota como si se los dieran a ella. Desde la grada baja cierto rumor de mar embravecido y el entrenador vuelve a mostrar su gesto de contrariedad.

—Carlos, Elsa, al banquillo.

La orden le corta la emoción que, en ese instante, deja de ser una unidad densa y completa y se convierte en algo deslavazado: algunos trocitos, los más blandos, son irrecuperables y se pierden para siempre. Sin embargo, está segura de que el entrenador recurrirá a ella en algún momento. Elsa golea como ninguno. Lo sabe él y todo el equipo. Por eso la ha

elegido. La única chica en el primer partido oficial de fútbol mixto que se celebra en su ciudad. El entrenador debe de estar reservándola para cuando sea necesaria.

Y ese momento llega. A quince minutos del final del partido, su equipo va perdiendo cuatro a cero. Los seguidores se desgañitan: *¡cambio, cambio, cambio!* El entrenador se decide —se arriesga piensa él— y la manda calentar. En cuanto Elsa se levanta del banquillo y empieza a correr por la banda, los insultos y el abucheo visceral de una parte de la grada termina por estropearlo todo.

—Carlos, sal tú —rectifica el entrenador renunciando definitivamente a la remontada, y se seca la ansiedad y el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Por eso no le gustaba que su madre llamara a ese día, el día X. Al final, los dos trazos de la letra han caído sobre él y lo han tachado para siempre.

¿Alguien sabe cómo se mide la rabia? ¿Y la tristeza?

A Elsa, ya en la cama, se le llena la cara de lágrimas y la cabeza de voces. Miles de voces le retumban en las sienes, igual que baquetas golpeando un tambor, y pronuncian, al mismo tiempo, una sola palabra. Es la misma que vociferaban los seguidores del equipo, pero siente que tiene un significado diferente, ahora suena más a deseo que a queja: *¡cambio, cambio, cambio!* Las voces no paran, las oye cada vez más alto, son como un estallido.

Todo lo demás está en calma.